

LUIS E. ÍÑIGO

EL PLAN
MALTHUS



nausícaä

MMIX



1.ª edición Nausicaà mayo del 2009
www.nausicaa.es

Copyright © Luis E. Íñigo, 2009
Copyright © de la edición, Nausicaà Edición Electrónica, S.L. 2009

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-96633-81-0
DEPÓSITO LEGAL: B-24 339-2009

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso por Romanyà-Valls, S.A. · Verdaguer, 1 · 08786 Capellades (Barcelona)

*El mundo está gobernado por
personajes que no pueden
ni imaginar aquellos cuyos
ojos no penetran entre los
bastidores*

BENJAMIN DISRAELI,
Coningsby (1844)

¿Cómo una sociedad que en otro tiempo fue tan poderosa pudo acabar derrumbándose? ¿Cuál fue el destino de sus habitantes? ¿Se mudaron (y, en ese caso, por qué) o perecieron de algún modo desagradable? Tras este romántico misterio se esconde una idea acuciante: ¿podría un destino semejante cernirse finalmente sobre nuestra sociedad opulenta? ¿Contemplantán algún día los turistas perplejos los herrumbrosos restos de los rascacielos de Nueva York como contemplamos nosotros en la actualidad las ruinas de las ciudades mayas cubiertas por la jungla?

Jared DIAMOND, *Colapso* (2005)

PRÓLOGO

9564 a.C., Atlántico occidental

MIENTRAS SU EMBARCACIÓN enfilaba decidida la inmensidad del océano, Lhasa, reverendo Guardián Supremo del Quinto Círculo de Aztlán, miraba con tristeza las doradas costas que se difuminaban poco a poco en la distancia.

Ni el molesto cabeceo de la nave, que avanzaba a toda velocidad, ni los estridentes gritos de sus tripulantes, afanados en sus tareas, podían sacarle de su ensimismamiento. En su alma reinaba la inmensa tristeza de quien sabe que jamás regresará a casa; más aún, la profunda pesadumbre de quien intuye que pronto no existirá una casa a la que regresar.

Quizá mereciera el destino que los dioses le deparaban. Había fracasado. Su mente era incapaz de hallar disculpas o pretextos capaces de acallar su conciencia. Era responsabilidad exclusivamente suya alertar a sus conciudadanos del peligro que se cernía sobre ellos. Y lo había intentado, los dioses eran testigos de que lo había intentado poniendo en la tarea hasta la última de las potencias de su alma. Pero no supo cómo hacerlo. Su pueblo no le había escuchado; quizá ya no escuchaba a nadie. Sus oídos, antes sensibles a la sutil llamada del espíritu, no atendían ahora a otra voz que la de la carne. Ebrios de riqueza y poder, se sentían libres para apurar hasta las heces la copa de la vida.

Con precisa nitidez —se encontraba ya en esa edad, traicionera pero apacible, en la que el pasado remoto se recuerda con

mucha mayor claridad que el inmediato— evocó los años felices de su primera juventud. Como una vieja película en blanco y negro, sintió proyectarse en su mente aquel día, lejano e intenso, de su ingreso como novicio del Primer Círculo. Y enseñada, como en un enorme primer plano, tomó forma el rostro siempre tranquilo de su maestro, el venerable Kiron, su guía y compañero inseparable durante los cinco largos años de su aprendizaje como Guardián de Aztlán.

—Lhasa: —escuchó una vez más decir a su mentor— has de saber que el camino que escoges no es sencillo. El pueblo de Aztlán está desorientado. Las gentes corren sin cesar en pos de sus deseos, y sienten, tan pronto los alcanzan, el inquieto aguijoneo de nuevos e intensos apetitos. No hacen sino perseguir el viento, y sus corazones, siempre insatisfechos, se alejan cada vez más de la verdadera felicidad, que sólo nace de la paz del espíritu. La ciencia, antaño servidora del progreso, se ha tornado ahora esclava del capricho, y temo que, sin una luz que guíe sus pasos, termine por volverse contra los mismos hombres a quienes está llamada a servir. Los días que han de venir cubrirán Aztlán con un velo de profundas tinieblas que nublarán el entendimiento de los mortales y sumirán su alma en la confusión.

—Maestro —le había respondido él entonces, incapaz, como de costumbre, de apartar su mirada de aquellos ojos de mirar intenso y cautivador— ¿No es bueno que las personas tengan cuanto desean? ¿No es mejor la riqueza que la pobreza, el exceso que la necesidad? ¿Acaso eran más felices los atlantes en aquellos tiempos, por fortuna lejanos y olvidados, en que sufrían el hambre y la miseria, y se abatían sobre ellos el sufrimiento y la muerte?

—No es eso, hijo mío —los ojos de Kiron adoptaron una mirada de dulce condescendencia— En verdad te digo que la riqueza, como la ciencia, no es buena ni mala en sí misma. Es tan sólo un medio. Podemos servirnos de ella para practicar el bien, pero también puede corromper nuestros corazones y someterlos a la esclavitud... En estos días —prosiguió tras descansar un momento su voz cansada por el peso de la edad— los hombres

usan mal de la riqueza, pues han permitido a la codicia reinar sobre su alma. Ya no ocupan su mente en ideas elevadas; sólo les interesa la satisfacción inmediata de sus pasiones. Eres todavía muy joven. La sensual llamada de la carne conserva mucha fuerza aún en tu corazón apasionado. Pero recordarás estas palabras en el futuro, cuando los años hayan atemperado en tu espíritu la fogosidad de la juventud, y entonces comprenderás lo que ahora te digo.

Recordaba con exactitud aquella predicción, que, sin esperar una respuesta, había quedado flotando en el aire hasta disiparse poco a poco, como una tenue niebla matinal. Muchas veces había pensado en ella después, cuando, muerto ya su maestro, pudo al fin entender la profunda verdad que encerraban sus palabras; cuando, convertido él mismo en maestro de novicios, hubo de empeñar sus fuerzas en mostrarles la luz en medio de unas tinieblas que se hacían a cada momento más impenetrables.

La primera en sufrir los desmanes de los atlantes fue la naturaleza. El consumo desbocado requería a cada paso más y más recursos con que alimentar el hambre insaciable de las fábricas que producían día y noche. Se talaron los bosques; las minas se agotaron; los ingentes residuos tornaron insalubres las aguas de ríos y lagos e impregnaron el aire de fétidos miasmas. Incluso el inmenso mar de aguas cristalinas se volvió en torno a Aztlán un piélago oscuro y nauseabundo. Entonces llegaron los primeros avisos, despacio al principio, acelerando después la cadencia de sus manifestaciones. El clima, antes suave, alteró la sucesión ordinaria de sus estaciones. El verano se prolongó mientras el invierno se acortaba, desdibujando la primavera y el otoño. Las sequías se hicieron frecuentes e intensas. Los campos rendían cosechas cada vez más raquíticas. Pero nadie escuchaba los agudos gritos de dolor del planeta maltratado. Ávidos de placer los insaciables espíritus de las masas, los gobernantes ordenaron a los sabios que buscaran nuevas fuentes de energía. La aleación sagrada, el oricalco, reservada hasta entonces para revestir de majestad las venerables efigies de los dioses, fue también sacrificada en el altar del consumo. Poco

importó que en el proceso se lanzaran nuevos y viciados holli-nes al aire ya torturado. Las máquinas siguieron funcionando, y los hediondos vientos empezaron a extender por doquier la enfermedad y la muerte.

A nadie le preocupaban aquellos cambios. Sólo la obsesiva búsqueda del goce parecía interesar a los atlantes. Y la decadencia se agudizó. El desprecio por la naturaleza condujo bien pronto al desprecio por el conocimiento. Primero se abandonaron sus ramas más especulativas, aquéllas que no garantizaban el rápido acceso a la riqueza o el poder. La filosofía y la historia cayeron en el olvido, tenidas por disciplinas muertas, o consideradas pasatiempos eruditos e intrascendentes. Los niños, siguiendo el ejemplo de sus padres, se interesaban tan sólo por los saberes prácticos. Por un tiempo, la economía, la física o la ingeniería conocieron un gran auge. Pero fue sólo el principio. No mucho más tarde, incluso estas ciencias fueron abandonadas. El conocimiento exigía esfuerzo. Pero el esfuerzo se había convertido en innecesario, incluso aborrecible, para unas gentes educadas, generación tras generación, en la creencia de que les asistía el derecho a recibirlo todo por el mero hecho de existir.

La crisis alcanzó pronto a las instituciones más venerables. Los lazos que mantenían unidas a las familias empezaron a disolverse. La búsqueda obsesiva del placer se compadecía mal con el compromiso, el sacrificio y la entrega que la pareja humana necesita para pervivir en el tiempo. El vínculo entre hombre y mujer, que los antiguos tuvieron por sagrado, se tornó un simple contrato con fecha de caducidad. La descendencia, antes motivo de orgullo, se vio enseguida como una carga que nadie deseaba soportar sobre sus hombros. Los gobernantes, preocupados por la caída de la natalidad, trataron de sostenerla mediante ayudas. Las campañas de propaganda pronatalista martilleaban sin pausa los oídos de los atlantes. No sirvió de nada. Los hijos exigían tiempo. Requerían horas que arrebatar al consumo desbocado, el cuidado obsesivo del cuerpo y las relaciones numerosas y superficiales que iban convirtiéndose en habituales entre las gentes. Los ciudadanos de Aztlán estaban

cada vez más vacíos. Esclavos del consumo y siervos del placer, lacayos del marasmo y la apatía, parecían a cada momento menos dispuestos a apostar con confianza por el futuro y hacer sacrificios en su nombre.

El amor a los dioses fue olvidado. Los templos, desiertos, se cubrieron de telarañas, y en sus inmensas salas, que antaño retumbaran con el eco de miles de voces elevando al unísono himnos a la divinidad, sólo se oía ahora la envejecida salmodia de los pocos Guardianes que todavía oficiaban en soledad sus seculares ritos. Enseguida retornó la superstición, presta a llenar el vacío que la religión dejaba. Los viejos valores, relegados con rapidez, no hallaron otros que ocuparan su lugar. Y entonces, las conductas antisociales, que parecían extirpadas para siempre, se extendieron de nuevo como un reguero de pólvora. Los robos, los asesinatos, las violaciones, el consumo de sustancias que convierten al hombre en un esclavo sin voluntad, borrados ya de la memoria de los atlantes, irrumpieron en sus vidas con fuerza renovada. La desconfianza contagiaba los corazones como un virus letal. Nada se ofrecía sin esperar algo a cambio. Cada individuo veía en los otros tan sólo medios para obtener sus propios fines.

Perdida la fe, perdida la ilusión, perdido el verdadero amor por la vida, las gentes buscaron con desesperación nuevas deidades a las que entregar su lealtad a cambio de un poco de sentido para su existencia. La raza, la facción o el partido fueron, como antaño, elevados a los altares y reverenciados como dioses. Las semillas de la discordia, sembradas en terreno propicio, tardaron poco en germinar. Las querellas intestinas se multiplicaron. Cada bando despreciaba al otro, rechazaba la humanidad de quienes lo sostenían y, dado ese paso, se permitía someterlos a las más espantosas vejaciones y torturas. Los dioses identitarios, soberbios y exigentes, reclamaban su ración de sacrificios humanos. Aztlán se sumió enseguida en los horrores de la guerra civil.

La vieja Profecía, que se remontaba a la noche de los tiempos, en los orígenes de la Cuarta Raza de los hombres, empezaba a cumplirse. Estaba escrito: *Cuando comience a dominar en ellos el carácter humano, cuando en ellos empiece a disminuir*

el principio divino, entonces, incapaces ya de soportar su prosperidad, caerán en la indecencia. Será entonces cuando crean ser realmente bellos y dichosos, poseídos como de una avidez injusta y de un poder sin límites, pero la verdadera felicidad será ajena a sus corazones corrompidos. Estad preparados, porque los días de la Cuarta Raza tocarán entonces a su fin.

La terrible explosión devolvió a Lhasa al contacto con la realidad. Una inesperada onda de choque, brutal como la embestida de una bestia enloquecida por la rabia, golpeó la nave con fuerza inusitada. Cuantos se encontraban en cubierta sintieron que el aire les aplastaba. Luego, una repentina ola de calor y una súbita ráfaga de viento huracanado barrieron sucesivamente el océano, levantando tras de sí olas como montañas. Estridentes e incontrolables, los gritos de terror brotaron a su alrededor. Una inmensa bola de fuego, que brillaba con la intensidad de mil soles, había aparecido en el horizonte, justo en la dirección en la que se encontraba Aztlán. Enseguida, el deslumbrante objeto fue transformándose en una masa de nubes purpúreas que empezó a elevarse hacia las alturas, coronándose en un denso nimbo de humo blanco. Un hongo gigantesco cubrió entonces el cielo, imprimiendo en las retinas de aquel público forzoso y atónito una imagen a la vez maligna y extraña, nunca antes contemplada por ojos humanos.

Como una letanía aprendida hasta el inconsciente después de infinitas repeticiones, acudieron a la mente de Lhasa las palabras que continuaban la Profecía: *Los dioses decidirán entonces acabar con la estirpe de los hombres, pues han conocido los secretos de los ángeles y toda la violencia de los demonios y todos sus poderes secretos y todos los poderes con los que hacen maleficios. Por ello enviarán su castigo, y llegará la esterilidad en el extremo de un gran carro de fuego, y por un tiempo la Tierra tendrá dos soles. Sabed que ésa habrá de ser la última señal.*

Los gritos no cesaban. Algunos miembros de la tripulación, que trabajaban con el torso desnudo para facilitar sus movimientos, se quejaban de súbitas y profundas quemaduras que habían brotado en su piel sin motivo aparente. Otros, cegados sin reme-

dio por la intensidad de la luz, se frotaban los ojos con violencia, tratando de devolverles la vista mientras lanzaban alaridos de desesperación. Todos los dispositivos electrónicos de navegación del barco se detuvieron, como congelados en el tiempo por obra de un dios caprichoso y voluble. El caos se apoderó de la nave, convertida de pronto en un juguete roto, condenada a sufrir sin defensa los embates de las desbocadas olas. El cerúleo espectro de la muerte, que sin duda se cernía aquel día sobre Aztlán, parecía haberse detenido un momento en su camino para asegurarse de que nada quedaba con vida tras su paso.

Sólo Lhasa conservó la calma, quizá porque era el único que acertaba a comprender algo de lo que estaba sucediendo. Asombrosamente lúcido, sin reparar apenas en las úlceras y ampollas que se habían formado sobre sus manos desprotegidas, recordó haber leído algo sobre los mortíferos efectos de una nueva arma dotada de un inimaginable poder de destrucción. Lo recordó, precisamente, porque había sido aquella noticia la que disipó sus dudas, convenciéndole de que la Profecía estaba a punto de cumplirse. El fin de los días había llegado. Tan sólo unas horas después, convocaba con urgencia a los Guardianes del Quinto Círculo y les exponía su convicción y su propuesta: Aztlán no sobreviviría; no quedaba más salida que abandonarlo.

Las discusiones que se habían desatado entonces parecieron no tener fin. Los catorce Guardianes que, junto a él, integraban aquel cenáculo de mentes privilegiadas, las últimas luces en un mundo de oscuridad, se dividieron en dos bandos que trataban de persuadirse mutuamente. Los más pobres argumentos se revistieron con complejos alardes oratorios; la más barroca de las formas disfrazó el más inane y baladí de los contenidos. La vanidad, el ansia de notoriedad y la búsqueda obsesiva del reconocimiento ajeno parecían haber contaminado también con su nociva influencia aquel último reducto de las viejas virtudes.

Podía habérselo hecho ver así a sus colegas. Quizá, como Guardián Supremo, debía haberles recriminado su actitud. Podía incluso haber zanjado la discusión con el voto de calidad que le otorgaba la inmensa autoridad espiritual de que gozaba

entre sus iguales. Pero no lo hizo. Ya era tarde para eso. Urgía tomar una decisión, trazar un plan y ponerse a trabajar para llevarlo a la práctica. Por ello dejó a cada Guardián libertad para obrar como mejor le pareciese, y declaró concluida la reunión. Si ni siquiera aquellas mentes preclaras alcanzaban a entender lo que pasaba, sin duda los días de Aztlán habían tocado a su fin. No tenía sentido perder tiempo en discusiones.

Las jornadas siguientes presenciaron un trabajo abrumador realizado bajo la presión de una indescriptible urgencia. Él, y quienes como él estaban convencidos de la inminencia del fin, emprendieron la tarea de recopilar los vastos saberes atesorados por las incontables generaciones de atlantes que les habían precedido. La tecnología, que habría de ser el verdugo llamado a ejecutar la inapelable sentencia dictada ya sobre aquel mundo, serviría también para preservar su conocimiento. Gracias a los modernos ingenios de procesamiento y almacenaje de datos, el equivalente a un millar de bibliotecas henchidas de sabiduría quedó pronto archivado en ligeros discos de oricalco.

Después llegó el momento de organizar la logística del viaje. Habría que armar naves, cargarlas con provisiones e instrumentos imprescindibles, seleccionar hombres y mujeres dispuestos a embarcarse en ellas, y escoger un destino al que enviarlas. No había mucho tiempo, así que, para diversificar el riesgo, se decidió dispersar las metas, alejándolas entre sí cuanto fuera posible. Los siete Guardianes que se habían mostrado de acuerdo con Lhasa quedaron al mando de sendas expediciones y se ocuparon de tomar cuantas decisiones se precisaran para conducirlos a su objetivo. Cada una de ellas recibió entonces un destino en las lejanas tierras pobladas por bárbaros y se aleccionó a su tripulación con instrucciones precisas sobre lo que habrían de hacer cuando lo alcanzaran.

Cada colonia de atlantes debía servir de núcleo a una nueva ciudad, atraer a ella un nutrido grupo de indígenas y educarlos en los sagrados principios y las viejas formas de conocimiento que habían dado a Aztlán su perdida grandeza. Lo más precioso de la tradición atlante quedaría así preservado, y, por cuarta

vez en su Historia, el progreso global de la humanidad no se interrumpiría. Aquellos hombres y mujeres, a la postre humildes individuos, pero protagonistas de un éxodo diminuto y selecto, portarían sobre sus hombros la inmensa responsabilidad de salvar el corazón y la mente de un mundo cuyo cuerpo perecía sin remedio.

A nadie extrañó, pues, que, llegado el momento de partir, los peregrinos sintieran sus corazones atenazados por una confusa mezcla de sentimientos contrapuestos. Embargó sus almas la inefable congoja de una despedida que sabían definitiva, pero también la esperanza inquieta de quien se apresta a fundar un mundo nuevo. Brotó en sus espíritus la nostalgia presentida de quien pierde en un instante cuanto le ata a su pasado, pero nació a un tiempo en ellos el orgullo apenas intuido del que se siente protagonista de un acontecimiento histórico. Nadie acudió a despedirlos. Partieron solos hacia tierras lejanas sabiéndose entregados a un destino incierto. ¿Pero cómo lamentarlo cuando en sus mentes se había instalado la certeza, mucho más lamentable, de que nada dejarían tras su marcha?

De eso hacía tan sólo unas horas y, sin embargo, parecía haber transcurrido no menos de un año entero. La brutal detonación de aquel ingenio y sus trágicos efectos sobre la nave lo habían cambiado todo ¿Quedaba ahora lugar para la esperanza? ¿Cabía soñar siquiera en alcanzar un destino a miles de estadios de distancia con un barco convertido en chatarra, capaz aún de flotar, pero no de dirigir su rumbo? Lhasa pensó en sus compañeros del Quinto Círculo: Man-U, el sabio; Deucalión, siempre tan voluntarioso y decidido; el venerable Viracocha, de prudencia reconocida por todos; Kukulcán, aún joven y fuerte; Atram-Hasis, reflexivo y circunspecto; Osiris, el silencioso; Quetzalcoatl, *el emplumado*... ¿Habrían sufrido sus naves un destino semejante? ¿Les habría sorprendido aquella asombrosa liberación de energía aún más cerca de Aztlán, desintegrándolas sin remedio? ¿O quizá habrían logrado alejarse más de la isla condenada, hurtando su destino a un veredicto inapeable?

Nunca lo sabría.